

VERDAD Y ANUNCIO DE LA FE



Año IV, Nº 17, 7 de febrerode 2010

EVANGELIO DE LA SEMANA

Lucas 5, 1-11

En aquel tiempo, la gente se agolpaba alrededor de Jesús para oír la palabra de Dios, estando él a orillas del lago de Genesaret; y vio dos barcas que estaban junto a la orilla: los pescadores habían desembarcado y estaban lavando las redes.

Subió a una de las barcas, la de Simón, y le pidió que la apartara un poco de tierra. Desde la barca, sentado, enseñaba a la gente. Cuando acabó de hablar, dijo a Simón:

- Rema mar adentro y echad las redes para pescar. Simón contestó:
- Maestro, nos hemos pasado la noche bregando y no hemos cogido nada; pero, por tu palabra, echaré las redes.

Y, puestos a la obra, hicieron una redada de peces tan grande, que reventaba la red. Hicieron señas a los socios de la otra barca, para que vinieran a echarles una mano. Se acercaron ellos y llenaron las dos barcas, que casi se hundían. Al ver esto, Simón Pedro se arrojó a los pies de Jesús, diciendo: - Apártate de mí, Señor, que soy un pecador.

Y es que el asombro se había apoderado de él y de los que estaban con él, al ver la redada de peces que habían cogido; y lo mismo les pasaba a Santiago y Juan, hijos de Zebedeo, que eran compañeros de Simón.

Jesús dijo a Simón:

- No temas: desde ahora, serás pescador de hombres. Ellos sacaron las barcas a tierra y, dejándolo todo, le siguieron.

ESTA SEMANA:

TESTIMONIO: El Santo Cura de Ars

CONFIRMAR LA FE: Remar mar adentro al encuentro del Señor

TESTIMONIO

EL SANTO CURA DE ARS

Nace, Juan María el 8 de mayo de 1786. En Dardilly, Aún es niño cuando estalla la Revolución Francesa. A los diecisiete años concibe el gran deseo de llegar a ser sacerdote. El joven inicia sus estudios, Un santo sacerdote, el padre Balley, se presta a ayudarle. Pero... el latín se hace muy difícil para aquel mozo campesino.

Es llamado al servicio militar. Cae enfermo, y estando aun convaleciente, es destinado a combatir en España. No puede seguir a sus compañeros. Solo, desalentado, le sale al encuentro un joven que le invita a seguirle. De esta manera, sin habérselo propuesto, será desertor. Oculto en las montañas de Noës, pasará desde 1809 a 1811. Una amnistía le permite volver a su pueblo. Continúa sus estudios sacerdotales. Falto de los necesarios conocimientos del latín, no saca ningún provecho de los estudios y, por fin, es despedido del seminario. De nuevo, recibe la ayuda de un cura excepcional: el padre Balley, Continúa preparándole Por fin, el 13 de agosto de 1815, es ordenado sacerdote, a los 29 años. Es destinado a un minúsculo pueblecillo, Ars.

Se emplea a fondo en una labor de moralización del pueblo: la guerra a las tabernas, la lucha contra el trabajo de los domingos, desterrar la ignorancia religiosa y, sobre todo, su dramática oposición al baile. En otro terreno, se conocen episodios de su vida en que su lucha con el demonio llega a adquirir tales caracteres que no podemos atribuirlos a ilusión o a coincidencias. El anecdotario es copioso, y en algunas ocasiones sobrecogedor.

De todas partes empezaron a afluir peregrinos. Aquel pobre sacerdote, es buscadísimo por millares y millares de almas, y entre ellas se contarían gentes de toda condición. Aquel hombre, por el que van pasando ya los años, sostendrá como habitual la siguiente distribución de tiempo: levantarse a la una de la madrugada e ir a la iglesia a hacer oración. Antes de la aurora, se inician las confesiones de las mujeres. A las siete de la mañana celebración de la misa y acción de gracias. Después queda un rato a disposición de los peregrinos. A eso de las diez, reza una parte de su breviario y vuelve al confesonario. Sale de él a las once para hacer la célebre explicación del catecismo llena de una unción tan penetrante que produce abundantes conversiones. Al mediodía, toma su frugalísima comida, sin dejar de atender a las personas que solicitan algo de él. Dichas las vísperas y completas, vuelve al confesonario hasta la noche. Rezadas las oraciones de la tarde, se retira para terminar el Breviario. Y después toma



unas breves horas de descanso sobre el duro lecho. Dios bendecía manifiestamente su actividad. El que a duras penas había hecho sus estudios, se desenvolvía con maravillosa firmeza en el púlpito, y resolvía delicadísimos problemas de conciencia en el confesonario. Es más: cuando muera, habrá testimonios, abundantes hasta lo increíble, de su don de discernimiento de conciencias. A éste le recordó un pecado olvidado, a aquél le manifestó claramente su vocación, a la otra le abrió los ojos sobre los peligros en que se encontraba, a otras personas les descorrió el velo del porvenir...

Fundó «La Providencia», para acoger a huerfanitas de los contornos. Puso al frente de la obra a Catalina Lasagne, la cual narró lo que un día en que faltaba harina ocurrió. Preguntó al señor cura el cual pidió que su compañera se pusiera a amasar, lo poquito que quedaba «Mientras ella amasaba, la pasta se iba espesando. Ella añadía agua. Por fin estuvo llena la amasadera, e hizo una hornada de diez grandes panes de 20 a 22 libras».

El viernes 29 de julio de 1859 se sintió indispuerto. El jueves 4 de agosto, a las dos de la madrugada, suavemente, sin agonía, expiró. Lo canonizó el papa Pío XI el 31 de mayo de 1925, quien tres años más tarde, en 1928, lo nombró Patrono de los Párrocos.

CONFIRMAR LA FE

Remar mar adentro al encuentro del Señor

Pedro, el experto, pudo haber dicho que no, que no era ni la hora ni el lugar para pescar y todo hubiera quedado ahí. Pero no, calla su experiencia y sabiduría (“hemos pasado toda la noche bregando”); reconoce su fracaso y desilusión (“no hemos cogido nada”), y “en nombre de Jesús echa las redes”. Y ya conocemos el final. Cuando Jesús le pide a Pedro que “reme mar adentro” lo está invitando a una aventura que lo lleva más allá del quehacer cotidiano en busca de un horizonte más amplio. Y Pedro cree en la palabra de Jesús.



Este es el verdadero milagro: creer cuando todo parece imposible. La abundante pesca y las redes llenas de peces son sólo la

consecuencia de la fe. Todos los relatos de milagros en el evangelio comienzan con la fe o la suscitan, es la condición para ver la acción de Jesús, cuando no hay fe, Jesús simplemente se va a la otra orilla. Si creemos en Jesús se realiza el milagro. Claro, la cosa no es tan sencilla, se necesita una fe muy grande, tan grande que tiene que sernos dada por Dios.

Y es que ser discípulos de Jesús exige confiar en la palabra de Cristo. La misión a la que Jesús nos quiere enviar es osada y, hoy por hoy, con pocas probabilidades de triunfo fácil. Jesús quiere contar con nosotros para el proyecto de Reino. Jesús convoca a los Apóstoles para que sean pescadores de hombres, por eso toda vocación exige “remar mar adentro” para abandonar las seguridades de la orilla, tener un horizonte ilimitado, asumir responsabilidades y meterse a fondo en una gran obra: la salvación de todos los hombres y mujeres del mundo.

Jesús propone a Pedro la superación de su oficio: desde ahora debe pescar hombres y mujeres para el Reino. Una empresa realmente noble y difícil; algo más milagroso que la pesca que acaban de hacer.

Pero los llamados a esta nueva labor son también invitados a “dejarlo todo” para seguir a Cristo. Los necesita a tiempo completo, dedicándole a esta “misión” todas sus fuerzas: pescar hombres y mujeres para el Reino exige renunciar a todo lo demás y asumir a Jesús como única posesión. Esta misión exige desprenderse por completo del mundo, para apegarse totalmente a Jesús. Confiar plenamente en Él y serle fiel hasta la muerte.

En el relato de hoy, Pedro y sus socios se van con Jesús que vale mucho más que las dos barcas llenas de pescados que les acaba de regalar. Dejan esa abundante pesca que tanto les había maravillado porque comprenden que la *vocación* (*misión* para la que son elegidos) les va a comprometer en un trabajo que está por encima del resto de los trabajos humanos. Esa *llamada/vocación/misión* es una invitación a colaborar en la tarea apostólica de Dios; un trabajo realmente milagroso. Una tarea que, aunque en el sacerdote es la razón de su vida, nos ha sido también encomendada a los demás discípulos en función de nuestro estado y de nuestra condición hijos de Dios y coherederos de su Reino.

Vamos a rogar hoy por quienes, dejándolo todo, dedican su vida al Señor, y vamos a vivir a su lado la comunión sacerdotal recibida por el Mandamiento Nuevo que Él nos legó.